



Revista Electrónica Sinéctica

E-ISSN: 1665-109X

bado@iteso.mx

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores
de Occidente
México

Rocha, Eugenia
LA EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD
Revista Electrónica Sinéctica, núm. 12, enero-junio, 1998, pp. 1-7
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente
Jalisco, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99826006009>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA EDUCACIÓN PARA LA LIBERTAD

*Eugenia Rocha**

Reseña sobre el libro *El valor de educar*, de Fernando Savater. El autor reflexiona sobre los valores de la educación a lo largo de siete secciones: analiza de manera general la crisis actual de la educación, aborda distintos aspectos de la educación occidental y a partir de esto, lleva a cabo una larga reflexión sobre esta labor humanizadora, civilizadora cuyo objetivo de formar adultos libres en un estado democrático.

El filósofo español Fernando Savater, a petición expresa de Elba Esther Gordillo, reflexiona sobre los valores de la educación en un ensayo dirigido a los maestros mexicanos. A lo largo de seis secciones analiza de manera general la crisis actual de la educación -debida al desdibujamiento o contradicción entre los objetivos sociales que cumple la escuela, porque no sabe ya cuáles debe cumplir y hacia dónde orientar sus acciones. Aborda, asimismo, distintos aspectos de la educación occidental para llevar a cabo una larga reflexión sobre esta labor humanizadora, civilizadora cuyo objetivo de formar adultos libres en un estado democrático. Savater aborda *El valor de educar*¹ en los varios sentidos de la palabra "valor": trascendencia, importancia y como un acto de valentía.

Para iniciar el recorrido, en una "Carta a la maestra", que obra como prólogo, defiende la función del educador y de la educación como imprescindible después de la primera socialización en familia: es él quien deberá sembrar en los niños las inquietudes que lo lleven a desarrollar un espíritu investigador y creativo, además de crítico, para llegar a ser humanos capaces de asumir sus responsabilidades de ciudadanos libres. Y es por ello que la enseñanza debe ser tan plural como la sociedad misma: si ningún niño merece perder la oportunidad de estudiar por razones económicas, ninguno debe ser privado por cuestiones ideológicas. Al respecto dice:

La educación no es algo meramente opcional sino una obligación pública que la autoridad debe garantizar y vigilar. El sistema democrático tiene que ocuparse de la enseñanza obligatoria de los neófitos para asegurar la continuidad y viabilidad de sus libertades: es decir, por instinto de conservación. Educamos en defensa propia.²

Sin embargo, la tarea de educar tiene sus límites y siempre cumple sólo con parte de sus propósitos.

* Clasificadora de material audiovisual y bibliográfico de la biblioteca Jorge Villobos Padilla, del ITESO

El aprendizaje humano: la educación como acto social

El humano nace humano, pero hay que aprender a serlo, a través de la interrelación con otros sujetos y por medio de esfuerzos propios. Se debe pasar por una segunda gestación, según la llama Savater: se trata de una gestación social, determinada por el entorno en que se le críe al infante, está sometida a variadísimas determinaciones simbólicas -en primer lugar, el lenguaje- y se realiza por medio de la interacción con otros, a través de la imitación. A diferencia de otros mamíferos superiores, aunque el bebé tarda más en madurar, los animales llegan mucho antes a "la más irreversible de las ancianidades: no ser ya capaces de aprender algo nuevo",³ mientras el humano sigue aprendiendo aunque madure.

La sociedad humana percibe lo que sí sabe, al tiempo que persigue corregir la ignorancia. Se llega entonces a una contradicción: se acepta que una generación deficientemente educada deberá hacerse cargo de educar a una nueva.

Ante esto, Savater responde que algún aspecto positivo se habrá recibido durante la instrucción como para despertar la inquietud del nuevo educador por hacer un mejor papel que sus predecesores; además, asegura que hay en el hombre una vocación intrínseca para educar, es decir, una necesidad de compartir el conocimiento previo entre todos, y de enseñárselo a los nuevos para hacerlos socialmente válidos: no se trata nada más de aprender, sino de aprender de otros hombres, de mantener un vínculo con otras conciencias, más allá del ámbito familiar.

El niño necesita ser entrenado en la comprensión e interpretación de significados y la forma mental que el adulto le da a las cosas, para poder relacionarse por medio de ellas. Si se pretende que el infante conozca el entorno por sí mismo, le hará falta el simbolismo de esos significados y ni será capaz de participar en la transformación o en la creación de nuevos. Es por ello que Savater considera absurdos los movimientos antieducativos.

El primer objetivo de la educación es hacer consciente al individuo de la realidad de sus semejantes, de que hay que aprender a considerarlos sujetos, porque se vive en permanente comunicación con ellos, es decir, forma parte de una historia común y necesita intercambiar experiencias, sentidos, pautas técnicas, valores y recuerdos.

Los contenidos de la enseñanza: ¿qué es la educación?

Como se dijo al principio del apartado anterior, hay que aprender a ser humanos, y se llega a esa meta por medio de la educación y de la convivencia social. La primera es la mediadora entre la herencia biológica -programación para adquirir destrezas- y la herencia cultural -que sólo pueden transmitir los demás-, es decir, está deliberadamente ligada y es necesariamente social para recibir la transfusión de una memoria colectiva. Y no está limitada, como ya se ha dicho, a maestros o a la familia: cualquier persona enseña, aun sin proponérselo, algo a alguien, en su vida -por ejemplo, los niños enseñan juegos y canciones a otros niños, sin otro afán que el de compartir.

Sin embargo, no necesariamente cualquiera es capaz de enseñar cualquier cosa. Conforme las comunidades van evolucionando culturalmente y los conocimientos se van haciendo más abstractos y complejos, aumenta el número de opciones profesionales, que ya no pueden ser aprendidas en casa y se hace necesaria la escuela.

En la escuela se debe enseñar a aprender: a plantear muchas interrogantes cuyas respuestas serán resultado de búsquedas personales y no de hallazgos institucionalmente decretados; de razonamiento crítico y cuestionamiento en vez de obediencia con lo establecido.

El alumno debe ser activo en su educación, no debe aceptar pasivamente los conocimientos previamente digeridos por el maestro. De esta manera se llegará a la formación de una personalidad propia, para ser reconocido cada quien en su cualidad irrepetible; en palabras de Savater:

Una de las principales tareas de la enseñanza siempre ha sido por tanto promover modelos de excelencia y pautas de reconocimientos que sirvan de apoyo a la autoestima de los individuos.⁴

Los modelos de que habla el autor pueden estar basados en otros dirigidos a reforzar la autonomía personal, el conocimiento veraz y la generosidad y la valentía; pero no están limitados a los inculcados en la escuela: están en constante lucha contra los brindados por los medios audiovisuales, las bandas callejeras y la violencia social y política cotidiana.

El eclipse de la familia o como se niegan los adultos a asumir sus responsabilidades

La primera socialización por la que tradicionalmente han pasado los niños ha sido su propio entorno familiar y el medio social. Con la familia aprendía las primeras aptitudes sociales y morales en un clima cargado de afectividad. Lo aprendido en estos primeros años, en casos favorables, construía principios que resistirían los embates de la vida; en casos desfavorables, arraigaría prejuicios prácticamente imposibles de borrar. Sin embargo, esta participación de la familia está quedando atrás; Savater lo llama "el eclipse de la familia". En esta etapa se protegía al infante de ciertos temas -sexo, violencia, religión, etcétera- y se le iba preparando poco a poco para enfrentar el mundo real.

Cada vez más frecuentemente padres y familiares del niño rehuyen a esta tarea, y los maestros y escuelas no estaban preparados para esta nueva situación: además de instruir al niño lo que exigen los programas, deben brindarles la socialización y herramientas necesaria prevista, que supuestamente traían de casa. La familia, no contenta con atender con desgana sus funciones educativas, descarga frustraciones y atribuye las fallas al educador.

Savater atribuye como una de las causas de mayor peso a la crisis de autoridad en la familia al pánico a envejecer, es decir, a un cierto fanatismo de lo juvenil como modelo de comportamiento: los padres prefieren decirse "amigos de sus hijos", en vez de asumir responsabilidades propias de su carácter de adultos. Y asevera que:

Es preciso comprender que la desaparición de toda forma de autoridad en la familia no predispone a la libertad responsable sino a una forma de caprichosa

inseguridad que con los años se refugia en formas colectivas de autoritarismo.⁵

Al eclipse de la familia como socializadora se conjunta un factor que complica la tarea del educador: el bombardeo descontrolado e impúdico de información a través del televisor; en ocasiones, aun los padres permanecen tan absortos ante la pantalla como el niño mismo. Ahora es el maestro quien tiene que ayudar al niño a organizar la información recibida, combatirla en parte y brindarle herramientas cognoscitivas para sacarle provecho o por lo menos hacerla menos dañina.

La situación de la familia en teoría daría oportunidad a la escuela de favorecer la tolerancia y la diversidad, puesto habría una ausencia de prejuicios y modelos forzados; sin embargo, la escuela no puede actuar al margen del entorno social y familiar del niño y mucho menos en su contra.

La disciplina de la libertad o educación para ser libres

La educación siempre implica una cierta forma de coacción: los niños preferirían estar jugando, en vez de verse forzados a comprender cosas que los adultos consideran importantes y de que se les impongan hábitos sociales como la limpieza y la puntualidad. La curiosidad del niño es más inmediata y nada metódica: entonces la educación debe partir de su propia curiosidad y desarrollarla.

La vía para llegar a ser libre y autónomo plantea una paradoja: se logra a partir de una serie de coacciones instructivas, de una habituación a ciertas maneras de obediencia que brindan conocimientos para poder responsabilizarse posteriormente de sus decisiones. La educación fabrica adultos de acuerdo con modelos previos que a veces se le proponen y en ocasiones se le imponen, pero con el propósito de mostrarle modelos distintos a los televisivos.

Cualquier proceso educativo necesita algo de disciplina es decir, obligar al niño a atender a lo que se le propone y hacer los ejercicios que se le solicitan; sin embargo, no hay que confundir escuela con reformatorio. Savater no cree en los sistemas contrarios tampoco, aquellos en los que el niño "aprende jugando".

El justo medio no es la escuela-cuartel ni las escuelas carentes de autoridad adulta; en ellas no reina la anarquía fraternal sino el despotismo del más fuerte, aún sobre la timidez del maestro. Es la educación en que se estimula el espíritu interrogador del alumno, cierta

Insolencia [que] no es arrogancia o brutalidad, sino la afirmación entre tanteos de la autonomía individual y el espíritu crítico que no todo lo toma como verdad revelada.⁶

Es esa capacidad de interrogación del hombre la que lo lleva al ejercicio de su libertad.

¿Hacia una humanidad sin humanidades? o el fantasma de fin de siglo

Existe en el terreno de la educación el fantasma del hipotético predominio de los planes de estudio técnicos y científicos sobre los estudios tradicionalmente

llamados "humanísticos". Hablando llanamente, el miedo parece bien justificado: se han reforzado los conocimientos científicos o tecnológicos que suponen una directa aplicación laboral.

Pero la discusión sobre si un plan de estudios así estructurado deshumaniza la enseñanza no cuestiona de entrada qué se entiende por "humanidades"; todas las materias son útiles, a fin de cuentas, otras resultan imprescindibles, y no hay tiempo de impartir todas las deseadas y no siempre hay personal calificado para hacerlo. El problema de fondo no es cómo se repartirán las materias, sus nombres o filiaciones, sino en la manera concreta de impartirlas, porque,

Según se dice, las facultades que el humanismo pretende desarrollar son la capacidad crítica de análisis, la curiosidad que no respeta dogmas ni ocultamientos, el sentido de razonamiento lógico, la sensibilidad para apreciar las más altas realizaciones del espíritu humano, la visión de conjunto ante el panorama del saber, etcétera.⁷

Entonces, la principal causa de ineficacia docente es, a decir de Savater, "la pedantería pedagógica", esa manera de enseñar que exalta el conocimiento propio por encima de las necesidades de los alumnos y que por lo tanto, cree que es su obligación sentir la misma afición del profesor por el tema que a él tanto lo apasiona. La solución a la pedantería pedagógica es suscitar el deseo de aprender la materia, despertar la curiosidad en el alumno, estimular que haga hallazgos; debe intentarse apuntar los caminos metodológicos por los que se puede llegar a ellos. Sin embargo, debe fomentarse el espíritu crítico sin hacer concesiones al simple afán de llevar la contraria y, en especial, de potenciar a quienes aprenden la capacidad de preguntar y preguntarse. De otra manera, no lo convencerán de la importancia del estudio que se les propone, sino que lo convencerán de alejarse de él.

La verdadera crisis en las humanidades es la relativización del concepto de verdad: si cada cual tiene su verdad igualmente respetable, no se puede decidir racionalmente entre tanta diversidad. Los maestros deben fomentar en sus alumnos la capacidad de participar fructíferamente en una controversia razonada, aunque ello "hiera" algunos de sus dogmas personales, y que abstraiga, que deduzca de premisas despegarse de lo inmediato o de lo anecdótico.

Cualquier educación que aspire al título de "humanista" debe permitir la discusión, la refutación y la justificación de lo que se piensa. Y para ello es importante desarrollar también la facultad de escuchar lo que otros proponen, es decir, propiciar la disposición a participar en coloquios razonables y a buscar en común una verdad que no tenga dueño y que procure no hacer esclavos. Desde luego, tal disposición debe encontrar su primer ejemplo en la actitud del maestro.

También es importante en la educación humanística que se sepa "narrar" cada una de sus asignaturas: se les debe vincular con su pasado y con los cambios sociales que han acompañado su desarrollo. Las verdaderas humanidades son las materias de estudio que conservan vivo el latido biográfico de quienes las exploraron, así como su deuda con nuestras necesidades y nuestros sueños. Por supuesto, no debe olvidarse el fomento de la lectura y de la escritura.

Educar es universalizar

o completar la humanización del neófito

La educación es un proceso por el que comunicamos conocimientos objetivos o destrezas prácticas; va acompañado de un ideal de vida y un proyecto de sociedad y tiene la función de hacer que el individuo encaje en ella. Estos conocimientos son determinados por la tradición, las leyes, la cultura y los valores predominantes en un momento determinado.

Vista desde este punto, la educación es conservadora, porque prepara a sus miembros del modo más conveniente para la preservación de la comunidad, no para su destrucción. Si se custodian ciertos conocimientos, comportamientos, ciertas habilidades y ciertos ideales, es porque se les valora; pero también es cierto que sólo se difundirán aquellos considerados dignos de ser conservados. Durante la transmisión de conocimientos no puede haber actitudes neutrales: siempre acaba eligiéndose un partido, una actitud, una visión del mundo.

Para Savater, el ideal básico que la educación actual debería conservar y promover es el de la "universalidad democrática": valorar al hecho humano en conjunto antes de resaltar sus particularidades y reconocer que las culturas se modifican constantemente desde hace siglos por influjo civilizador de otras, que no existe ninguna cultura absolutamente pura.

Se debe aprovechar la paradoja que implica educar para conservar, porque la enseñanza misma hace partícipes a las generaciones futuras del cambio. La educación "conservará" y discutirá, entonces, la memoria de esos cambios; pero deberá evitar convertirse en adoctrinamiento tendiente a hacer dócil el pensamiento, o por el contrario, convertir el salón de clases en foro de debates.

A manera de conclusión se puede citar el ideal de educación universalizadora y democrática que propondría Savater para inaugurar el siglo XXI: a partir de una educación humanizadora y llevada a cabo con el modelo de las humanidades, formar individuos autónomos capaces de participar en comunidades que sepan transformarse, que se abran y se ensanchen sin perecer, que se ocupen más del desvalimiento humano que de sus diferencias, que desenmascaren la cultura de consumo. En fin, que logre adultos convencidos de que es primordial la humanidad compartida, semejante en lo fundamental a despecho de las diferencias y privilegios que nos son muy humanamente comunes.

Los valores democráticos que regirían esta universalidad serían el fomento de la capacidad de crítica y selección; la valoración positiva de la existencia de pluralismo social y del conflicto; el reforzamiento del diálogo para aceptar que todos tenemos derecho a equivocarnos, pero nadie tiene el derecho a exterminar el error.

Estos valores pueden explicársele al infante a través de la recomendación razonada, a través de mostrarles cómo han llegado a ser históricamente indispensables; no se le debe engañar ocultándole las fallas del sistema, pero tampoco se le deberán poner en evidencia demasiado tempranamente, porque será él quien con su participación inteligente podrá corregir y encaminar los errores del presente.

Por último, es importante decir que en las primeras páginas, Savater dice que quizá su libro sea tachado de optimista porque no es amigo de convertir la reflexión en lamento:

Si lo que nos ofende o preocupa es remediable debemos ponernos manos a la

obra y si no lo es resulta ocioso deplorarlo, porque este mundo carece de libro de reclamaciones [...] yo prefiero elucidar los bienes difíciles como si pronto fueran a ser menos escasos: es una forma de empezar a merecerlos y quizá a conseguirlos...⁸

Del mismo modo, la tarea de educar debe ejercerse de manera optimista:

Porque educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber qué la anima, en que hay cosas [...] pueden ser sabidos y que merecen serlo, en que los hombres podemos mejorararnos unos a otros por medio del conocimiento.⁹

Con ese optimismo, y realismo, se dirige a lo largo de los seis capítulos a quienes imparten la enseñanza elemental, un gremio que considera menosvalorado social y económicamente, aunque son ellos, los maestros, a quienes se les exige, como ya se ha visto, prevenir y erradicar las deficiencias familiares y sociales. Es por tanto que, no sólo basta con un modelo educativo a seguir, sino que, asegura:

En el campo educativo [...] poco se habrá avanzado mientras la enseñanza básica no sea prioritaria en inversión de recursos, en atención institucional y también como centro de interés público.¹⁰

Notas

1. Savater, Fernando. *El valor de educar*, Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, Colección: Diez para los Maestros del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, 1997, 244 p., México.
 2. *Ibid.*, p.187.
 3. *Ibid.*, p.29.
 4. *Ibid.*, p.59.
 5. *Ibid.*, p.74.
 6. *Ibid.*, p.120.
 7. *Ibid.*, p.126.
 8. *Ibid.*, p.23.
 9. *Ibid.*, p.24.
- Ibid.*, p.14.